

Norbert Bilbeny

# El fenómeno Sartre

Desnudando la moral



Galaxia Gutenberg

---

NORBERT BILBENY

# El fenómeno Sartre

Desnudando la moral

Galaxia Gutenberg



Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2026

© Norbert Bilbeny, 2026  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades  
Depósito legal: B 574-2026  
ISBN: 979-13-87605-92-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

Yo no podía ni sacar de mí el mandato imperativo que habría justificado mi presencia en esta tierra, ni reconocer a nadie el derecho de imponérmelo.

JEAN-PAUL SARTRE,  
*Las palabras*

---

## Índice

|                                                     |    |
|-----------------------------------------------------|----|
| <i>Prólogo</i> . 8, rue Jean Goujon, París. . . . . | II |
|-----------------------------------------------------|----|

### I

#### NADA MÁS QUE EXISTIR

|                                                         |    |
|---------------------------------------------------------|----|
| <i>La eclosión de un escritor (1905-1944)</i> . . . . . | 25 |
| 1. La contingencia . . . . .                            | 29 |
| 2. El ser en sí . . . . .                               | 32 |
| 3. El ser para sí . . . . .                             | 35 |
| 4. La conciencia. . . . .                               | 42 |
| 5. La nada . . . . .                                    | 46 |
| 6. Existir . . . . .                                    | 50 |

### II

#### NADA MENOS QUE ELEGIR

|                                                                                |    |
|--------------------------------------------------------------------------------|----|
| <i>La etapa existencialista (1945-1953)</i> . . . . .                          | 57 |
| 1. Proyectar . . . . .                                                         | 61 |
| 2. La libertad. . . . .                                                        | 64 |
| 3. Elegir. . . . .                                                             | 71 |
| 4. La elección de sí mismo . . . . .                                           | 77 |
| 5. La realidad humana. . . . .                                                 | 84 |
| 6. El fracaso . . . . .                                                        | 90 |
| <i>Intermedio</i> . El choque entre un filósofo y un director de cine. . . . . | 97 |

### III POR CADA DECISIÓN TOMADA

|                                                          |     |
|----------------------------------------------------------|-----|
| <i>En la cercanía del marxismo (1954-1967)</i> . . . . . | 103 |
| 1. La acción . . . . .                                   | 108 |
| 2. La situación . . . . .                                | 112 |
| 3. Los valores . . . . .                                 | 119 |
| 4. La mala fe . . . . .                                  | 125 |
| 5. La autenticidad . . . . .                             | 130 |
| 6. La moral . . . . .                                    | 137 |

### IV CADA ACTO UN COMPROMISO

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| <i>El destape anarquista (1968-1980)</i> . . . . . | 151 |
| 1. Ser en el mundo . . . . .                       | 157 |
| 2. Ser para otro . . . . .                         | 161 |
| 3. La mirada del otro . . . . .                    | 167 |
| 4. La responsabilidad . . . . .                    | 172 |
| 5. El compromiso . . . . .                         | 179 |
| 6. Lo político . . . . .                           | 186 |

### V LA VIDA POR IMAGINAR

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| 1. El intelectual . . . . .                        | 207 |
| 2. La filosofía . . . . .                          | 213 |
| 3. Escribir . . . . .                              | 221 |
| 4. Morir . . . . .                                 | 231 |
| 5. Imaginar . . . . .                              | 236 |
| <i>Epílogo. El adiós en Montparnasse</i> . . . . . | 243 |
| <i>Cronología</i> . . . . .                        | 251 |
| <i>Sartre en imágenes</i> . . . . .                | 255 |
| <i>Bibliografía</i> . . . . .                      | 263 |

---

## PRÓLOGO

### 8, rue Jean Goujon, París

Jean-Paul Sartre, un joven filósofo, sale a media tarde de su casa para dar una conferencia en el número 8 de la calle Jean Goujon de París. Es un lunes 29 de octubre de 1945 y ha transcurrido más de un año de la liberación de esta capital del régimen nazi.

Sartre sale del portal bien peinado, con su crencha en el lado izquierdo y sus gafas de pasta oscura y cristales redondos. Viste un traje gris cruzado y usa corbata. Toma el metro en la estación Saint-Germain-des-Prés para cambiar después a la línea que le dejará en la parada de Champs Élysées-Clemenceau. Lleva un portafolios bajo el brazo con las cuartillas para poder dar su charla. Ha dejado a su madre, Anne-Marie, en casa, con quien ha pasado a vivir desde que ella enviudó.

Hace pocos meses que, con la compañía de un piano, ambos se alojan en un cuarto piso del número 42 de la calle Bonaparte. Desde sus ventanas, en la esquina de la finca, se observa la torre de la vieja abadía de Saint-Germain-des-Prés —donde está enterrado Descartes, tan admirado por nuestro hombre—, así como, al fondo, el paseo del mismo nombre, y abajo, hacia la derecha, la cafetería Les Deux Magots, en la que desde hace un par de años el filósofo cena algunas veces con su amiga íntima, la filósofa, también, Simone de Beauvoir. Justo a la vuelta de la cafetería se halla el Café de Flore, donde esta pareja de pensadores ha pasado muchas mañanas escribiendo en pequeñas mesas separadas. Este mismo año Sartre ha realizado un viaje a Estados Unidos, del que ha vuelto muy feliz.

La conferencia está anunciada para las ocho de la tarde. Sartre ha acordado con los organizadores un título entre interrogantes:

«¿Es el existencialismo un humanismo?». La cita es en la Salle des Centraux, un amplio local para toda suerte de eventos situado en la mencionada calle Jean Goujon, entre el río Sena y el Grand Palais, en el distrito más elitista de París. El acto de hoy es una iniciativa del Club Maintenant, recién fundado por los escritores Jacques Calmy y Marc Beigbeder. Ellos se han propuesto que hablen también sobre el nuevo «existencialismo» otros reconocidos pensadores como Nikolái Berdiáyev, Jean Wahl y Emmanuel Lévinas. La esposa de uno de los organizadores ha comentado que una conferencia con ese tema no va a traer mucho público. De hecho, es lo que el mismo Sartre sospecha ahora, sentado en el vagón del metro. Pero diferentes periódicos de la ciudad han anunciado el acto y para asegurar la asistencia se ha distribuido publicidad por diferentes librerías y locales de las cercanías.

Cuando Sartre sale de la estación ya ha oscurecido. El hombre avanza dudoso hacia el lugar en la confianza de hablar ante muy poca gente. Él tiene cuarenta años, ha publicado ya tres libros de filosofía; el último, hace dos años, *El ser y la nada*, con una gran densidad de ideas, no ha tenido la repercusión que esperaba. Ha podido sortear la censura de los nazis, pero existe la opinión de que el libro se limita al desarrollo de algunas ideas del célebre filósofo alemán Martin Heidegger y su *Ser y tiempo*. Entonces, ¿quién se movilizará para una disertación sobre algo tan teórico y poco conocido como el «existencialismo» y tan trillado como el «humanismo»? Debe reconocer que él está ganando un cierto nombre en el París de la cultura, pero no por su filosofía, sino, desde hace ocho años, por su literatura: narraciones como *El muro*, *La náusea* y los dos volúmenes de *Los caminos de la libertad*, más dos obras teatrales, *Las moscas* y *A puerta cerrada*. Hace un año que ha dejado de ser profesor de filosofía en el prestigioso Lycée Condorcet de París, precisamente para dedicarse sólo a escribir, la vocación de su vida. Al final, el mayor escritor francés del siglo xx habrá sido Sartre, después de Marcel Proust.

Ya entra Sartre en la calle Jean Goujon y divisa la gran marquesina modernista de cristal de la sala de conferencias, con un tumulto

de gente bajo ella dándose empujones para entrar. Oye incluso gritos de los que se quejan por no poder hacerlo. El conferenciante está atónito. Por un momento cree haberse equivocado de lugar. Al llegar al vestíbulo no es siquiera capaz de avanzar un paso. Insiste en que él es el conferenciante, pero algunos no se lo creen. Ven su pequeña estatura y lo apartan. A su alrededor hay gente que se pelea. Algunas mujeres se han desmayado. Eso no es teatro. Ya en la sala, con su traje cruzado desabrochado por los fuertes empujones y la carpeta bien agarrada bajo el brazo, tarda más de un cuarto de hora hasta alcanzar el escenario. Los organizadores se le acercan, angustiados, para advertirle que hay muchos asientos rotos y que se plantean llamar a la policía. Se hallan ante el *fenómeno Sartre*.

Pero, tranquilo, y seguramente envalentonado por tanta popularidad —él, que siempre gusta ser el centro de atención—, arranca a hablar con las manos en los bolsillos del pantalón y sin necesidad de consultar sus papeles. Más de trescientas personas le escuchan, sentados, de pie o asomando la cabeza por la puerta del fondo. Un joven Gilles Deleuze de veinte años se encuentra entre el público. Sartre muestra seguridad y desprende, se dirá después, «magnetismo». Su lenguaje y sus referencias son de la filosofía, pero cita nombres actuales y pone ejemplos cotidianos. Habla más que un filósofo: un escritor, un intelectual que justo acaba de sacar a la luz con otros el primer número de la revista *Les Temps Modernes*. Iniciada con una hora de retraso, la conferencia termina pasadas las once de la noche. Y sin debate, por falta de tiempo.

Vamos a seguir las ideas principales de dicha intervención. Ante todo, Sartre se defiende en su discurso de las críticas que se han hecho al existencialismo, tanto por parte de los católicos como de los marxistas. Su idea es que este nuevo modo de pensar hace posible la vida humana, pues acción y verdad dependen siempre de un sujeto y que éste *existe*.

El existencialismo no es un pesimismo. Deja elegir al individuo. Sin embargo, hay dos clases de esta doctrina: la cristiana y la atea.

Sartre se adscribe a ésta, para la cual en el ser humano «la existencia precede a la esencia». Respondiendo, en el periódico *Combat*, a la pregunta sobre qué es el existencialismo, él dice: «Es bastante sencillo. El hombre debe crearse su propia esencia».

Entonces, el único imperativo moral es: actúa como si toda la humanidad hiciera lo mismo que tú eliges hacer. Dios no es necesario, pero la moral sí. Existe, pero no con valores preestablecidos, sino como obra de nuestra conciencia y esfuerzo. El ateísmo no es cómodo: «El ateísmo –escribirá en *Las palabras*– es una empresa cruel y de largo aliento: creo haberlo llevado hasta su fin». Pero el humanismo tampoco puede ser cómodo: no se puede tomar al sujeto como un fin dado, porque siempre tiene que elegir y realizarse. Contra un humanismo esencialista, el clásico, está por tanto ahora el existencialista, para el que el ser humano es el único legislador posible. Sin encerrarse por ello en sí mismo, sino buscando siempre fuera de sí.

En todo lo expuesto se halla el primado de la libertad. La posibilidad siempre de elegir, inscrita en el hecho mismo de existir. No hay una naturaleza humana, ni estamos determinados, sea por la fuerza que sea: «El hombre no es otra cosa que lo que él se hace». O lo que es igual: «El hombre está condenado a ser libre». Uno no nace cobarde o valiente, sino que hay actos cobardes y actos valientes por los que nos hacemos de tal guisa o tal otra. Queremos la libertad por sí misma, pero descubrimos con ella que la libertad de cada uno se encuentra en relación con la libertad de otro. Lo cual no quita que el acto individual de elegir sea el movimiento fundante de la moral. «En realidad, las cosas serán como el hombre haya decidido que sean.» Puedo elegir esto o lo otro, pero no puedo no elegir.

Hay una moral existencialista y ésta es la moral de la elección. «El hombre se hace», y se hace al elegir su moral, que no le está previamente dada. La elección moral es comparable al acto libre del artista al crear su obra: es una forma de invención. Así: «El hombre está condenado a cada instante a inventar al hombre». Sin embargo, la elección no es gratuita, un capricho: no hay actos gratuitos,

ni, pues, una anarquía moral. Cada elección nos compromete frente a todos. «Elegiéndome, elijo al hombre.» Por eso cada decisión nos sume en el desamparo y la angustia, porque cuando decidimos no podemos escapar del sentimiento de responsabilidad. Además, puesto que en nuestra radical libertad no podemos contar con aquello que no depende de nosotros, decidir puede conducir también a la desesperación. Pero no hay excusa ante lo que elegimos ni ante el hecho mismo de elegir. Al final, el balance es lo que cuenta: somos la suma de nuestros actos. «El hombre es lo que hace.» Fuera de esto, en definitiva, de nuestros actos, no hay nada. «El hombre no es nada más que su vida.»

Cada elección se toma en virtud de la capacidad de trascendernos a nosotros mismos; de proyectar lo que queremos hacer y ser. Esta capacidad es universal, por lo cual, aunque no haya una naturaleza humana, sí existe una condición humana. La de proyectar cada uno sus actos y su vida: «El hombre será ante todo lo que haya proyectado ser». No lo que simplemente «quiera» ser, porque la proyección precede a la voluntad. Existir es empezar a ser algo proyectado al porvenir. Querer esto o lo otro concreto viene después. La elección de sí mismo está antes de todo, de modo que «El hombre es responsable de lo que es». El ser humano está lanzado al mundo y en el mundo él decide su proyecto, porque existir no es simplemente estar ahí. Implica ser libre, franquear los límites de nuestro vivir en el mundo y entre los demás. Asimismo, todo proyecto contiene universalidad, porque es comprensible por los demás seres humanos: «Hay una universalidad del hombre, pero no está dada, es construida perpetuamente». Entonces, aunque toda elección se da dentro de una determinada situación, toda elección es en sí misma absoluta.

El punto de partida es la subjetividad; que el ser humano revierte, con la conciencia, sobre su realidad existencial. Existir y pensar, mundo y sujeto, son correlativos, aunque distintos. No se trata de una subjetividad individualista, burguesa, sino filosófica: la de la conciencia que se capta a sí misma. Este punto de partida teórico es el único que no permite captar al individuo como simple objeto. El

existencialismo es ateo, pero no materialista, ni tampoco, en el otro extremo, idealista: la subjetividad viene con el existir mismo. Nos traslada lejos, también, del «Pienso, luego existo» de Descartes, por cuanto la conciencia que se piensa a sí misma piensa también la existencia del otro: «Nos captamos a nosotros mismos frente al otro». Mi verdad debe pasar por el otro.

Los valores no existen a priori. Sólo podemos reconocerlos como nuestra libre opción en tanto que sujetos que proyectan su vida y sus actos. Como hace el artista o el escritor con sus propuestas, que le comprometen y comprometen a todos. En ambos casos hay una creatividad. «No podemos decir a priori lo que hay que hacer.» Ninguna moral previa a nuestra elección puede decírnoslo. No hay una moral general: universalista, abstracta. No sería una moral de la existencia, que es la moral de la elección, en la que hay siempre invención. Decir que no hay valores previos no es abrir la puerta a la inmoralidad. El valor no preexiste; es el sentido que damos a las cosas que elegimos. Eres libre: elige. Y eliges: inventa. Surge entonces el problema de no poder juzgar en propiedad los actos, por ejemplo, de otro. Pero a ello hay que responder que no se puede admitir una verdad que no haya pasado por todos. Es la condición social del juzgar individual. Pues cada uno elige y se elige a sí frente a los otros.

El compromiso y la responsabilidad de decidir por nosotros mismos y frente a los demás se acompaña como consecuencia de un sentimiento de angustia e incluso de desesperación. Por este motivo lo fácil es obviar la libertad de elegir y que otros u otras cosas decidan por nosotros. Admitir, de paso, que los valores están antes que nosotros y tienen una realidad incontrovertible. Lo cual es una conducta de mala fe: el disimulo de la propia libertad. En cambio, una actitud coherente es asumir nuestra libertad y el compromiso que ello representa. Es la conducta de la autenticidad. Asumir la gratuidad de la existencia y de la total libertad, sin tratar de disimularlo con mala fe, con inautenticidad. Nos equivoquemos o no, actuar sin disimularlo. La moral existencialista no cuenta con principios ni medios preexistentes para juzgar, decidir y actuar, sino sólo con esa actitud de honestidad consigo mismo y ante los demás, por la que el

sujeto quiere su libertad y a la vez la de los demás. «Queremos la libertad por la libertad y a través de cada circunstancia particular.» Pero: «En cuanto hay compromiso, estoy obligado a querer, al mismo tiempo que mi libertad, la libertad de los otros».

Si el fundamento de la moral es la libertad, y su expresión es la elección, todo su sentido se juega y se comprueba en la acción. Si el ser humano y su moral son un porvenir por hacer, en la acción está el significado de su existir. ¿Cómo no va a serlo, si «el hombre no nace, se hace»? Cada acto dice quién somos, no lo que decimos que somos, ni lo que una realidad o un juicio ajenos deciden quienes somos o debemos ser. Somos, pues, la suma de nuestros actos. «En este sentido –cierra Sartre su conferencia– el existencialismo es un optimismo, una doctrina de acción.» Si hay una pasión que mueve al existencialista es la pasión por el sentido, no el sentimiento del absurdo.

La sala se ha mantenido atenta y en silencio durante la intervención del filósofo. Quienes ya sabían de las ideas de Sartre, sobre todo después de *El ser y la nada*, han podido constatar, contra su vaticinio, que la exposición de Sartre tiene un fondo y un acento de carácter moral, por su énfasis en la libertad. Lo cual pone al pensador francés muy a distancia de Heidegger, el gran referente hasta entonces de la fenomenología de la existencia.

Habrà un Sartre antes y después de esta conferencia; un existencialismo antes y después de ella. Mejor dicho: el existencialismo estalla con ella en el panorama de las ideas y se convierte en una moda más allá de la filosofía y allende del mismo París. Por lo menos durante una quincena de años, hasta la entrada de los años sesenta de este siglo xx. En Francia sólo hubo un movimiento parecido y fue medio siglo atrás, con la filosofía de Henri Bergson, a quien la gente, desbordando también la sala, le escuchaba encaramada en las ventanas del Collège de France.

El mismo año de la conferencia de Sartre el fotógrafo Brassai realiza una de las más representativas imágenes del autor y de su

compañera Simone de Beauvoir mientras escribían sentados en el interior del Café de Flore. Y pocas semanas después, en un brumoso día de invierno, el fotógrafo Henri Cartier-Bresson retratará a Jean-Paul Sartre en el Pont des Arts de París. Será una imagen icónica y finalmente la más publicitada del pensador y la que refleja mejor su ideario existencialista. Mantiene una pose introspectiva en la intemperie, de la que el personaje se protege con un espeso tabardo y una bien anudada bufanda. Sartre se coloca ante el objetivo con una mirada algo ajena, acentuada por su evidente estrabismo, pero mostrando un semblante relajado y reflexivo con su pipa en la boca. La imagen de fondo de un puente en medio de la bruma parece sugerir el carácter trascendente del sujeto solo ante su libertad, como anuncia la nueva filosofía existencialista.

Pero, en verdad, Sartre no es este personaje con aire de seriedad y encerrado en su torre de marfil intelectualista que se desprende de muchas otras fotos. Es un hombre en general con buen humor y conversador, a lo que ayuda su talento y una acusada voz viril. Es muy fumador, nada abstemio y padece insomnio, que él mismo se provocará con anfetaminas para poder escribir más. Ama los viajes, y en su querido París concurrir en cafés y restaurantes de la Rive Gauche, entre los barrios de Saint-Germain-des-Prés y Montparnasse, a un lado y otro de la Rue de Rennes. Pero en lo demás Sartre practica una vida austera, despreocupada por lo material y opuesta a las convenciones burguesas. Ha vivido en varios domicilios, en los que escucha música por radio o en discos. Se le oye tocar piezas clásicas al piano. A pesar de su baja estatura y fealdad, atrae a las mujeres, de las que es más amigo que los hombres. Es ingenioso y comunicativo, se hace interesante. Casi puede aplicársele su teoría de que el hombre no nace, sino que se hace. Con Simone de Beauvoir sellaron un pacto de cada uno tener amores libres. Sus alumnos lo recuerdan como buen pedagogo, amigable, pero nada académico. Con él se puede discutir de cualquier cosa.

Sartre preferirá conversar con los jóvenes antes que con los de su edad. Admira a las personas audaces y sobre todo con imaginación, la cualidad de la que él mismo más se habrá servido a lo largo de la

vida: por esto el presente libro terminará con este tema. Su innegable pero bien disimulada megalomanía, que mantenía desde su adolescencia por sentirse muy diferente a los demás y creerse portador de una misión que realizar, se contrarresta gracias a su carácter abierto y confiado con la gente. Y, en extremo, generoso, pues ayuda económicamente a distintas personas y da succulentas propinas, dos cosas que muchos le critican.

Dos años después de la sonada conferencia en la Salle des Centraux, el músico y escritor Boris Vian, amigo de Sartre, hará una parodia de esa multitudinaria conferencia en la novela *La espuma de los días*. «Se abrió paso a hachazos –escribe Vian–; la gente llegaba en aviones y por las alcantarillas.»

Como sea, en el tiempo de Sartre sólo otros dos personajes franceses serán tan mundialmente famosos como él: el general De Gaulle y la estrella de cine Brigitte Bardot. Los promotores de la conferencia de Sartre le citarán al día siguiente de su celebración para disculparse de la violencia que precedió al acto (quince desvanecimientos, treinta sillas rotas) y de paso excusarse por no poder retribuírsela, dado el coste de los anuncios y la reparación de las sillas de la sala. Le felicitan por su interesante charla y por aguantar el tipo.

No deja de ser una ironía que una de las frases pronunciadas por el filósofo en medio de tanto gentío fuera: «Estamos solos, sin excusas». Pero está en el meollo de su conferencia, reproducida casi literalmente en forma de libro, con el título ya sin signos de interrogación: *El existencialismo es un humanismo*. Aunque en el curso del tiempo se venderán centenares de miles de copias, el autor no lo considera su mejor libro y se extrañará de su inesperado éxito. Es, no obstante, la exposición más resumida y clara del pensamiento de Sartre y hasta ahora el texto más leído sobre el existencialismo en general.

Sartre ha querido asociar el humanismo al existencialismo, más que al revés, porque a la vista de los personajes de sus novelas y

dramas –Roquentin, Mathieu, Garcin...– se le está considerando un autor indiferente a los valores humanos: «El infierno son los otros», se proclama en *A puerta cerrada*, estrenada en mayo de 1944 en el teatro Vieux-Colombier, en pleno Saint-Germain-des-Prés. No obstante, lo que se propone Sartre, y ello claramente en su citada conferencia, es salvar los valores desde su radicalidad. No obstante –o precisamente por eso–, la obra que refleja su conferencia es válida como un resumen moral de *El ser y la nada*. En Francia el libro en cuestión es acusado de amoral por la prensa pronazi. Y hasta el filósofo Gabriel Marcel le reprocha sus «principios luciferinos».

Además, ¿cómo no ser humanista, en el sentido más corriente de la palabra, el de ser humano, en un tiempo de posguerra mundial y desolación como ese año de 1945, cuando se ha perdido todo aquello que nos hace humanos? Desde 1914 y hasta 1945, Europa y el mundo han vivido treinta años de hundimiento de la civilización: adolescentes destripados en el Marne y en Verdún, adolescentes con el uniforme nazi luchando cuerpo a cuerpo para defender Berlín, ancianos calcinados en los campos de exterminio, familias arrasadas en Hiroshima y Nagasaki y en los bombardeos de los aliados sobre Dresde y Hamburgo, jóvenes muertos por la fatiga y el frío en el Gulag soviético...

¿Qué otra atrocidad más se necesita para poder levantar sin vergüenza la bandera del mero humanismo, la única fórmula capaz de evitar las barbaries cometidas por una falta de humanidad? Sartre aún sabrá de las guerras de Corea, Indochina, Argelia, Vietnam, las guerras anticoloniales, el genocidio camboyano... Y todavía en su mismo siglo habrá otros genocidios, que el filósofo no conocerá: Kurdistán, Ruanda, Bosnia, Palestina... La filosofía de Sartre es la de un testigo de lo peor del siglo xx. Había por consiguiente de tener un alto relieve moral.

Poco después de la conferencia de 1945 contesta el filósofo en una entrevista: «No hay ningún camino trazado que conduzca al

hombre a su salvación; debe constantemente inventar su propia vida. Pero, al inventarla, es libre, responsable, sin excusa, y toda esperanza está dentro de él».

El mensaje de la conferencia, que irradia sobre el resto de su obra, es que somos libres y por tanto responsables, sin excusa, de nuestra conducta. Sartre *desnuda la moral* para descubrir su cara más íntima y verdadera. En cierto modo ello va a implicar la transgresión permanente. Lo cual explica también el éxito del existencialismo de Sartre entre los jóvenes radicales de su tiempo.

Algunos pueden decir hoy que el sistema capitalista favorece una parecida moral, la de estar cada uno solo con su libertad, su «poder de elegir» y que todo lo que hace va a ser responsabilidad suya. Si fracasamos, es por nuestra culpa. Haber elegido mejor. Pero ese individualismo distópico no tiene nada que ver con la moral de la elección de Sartre. Ésta es una moral de la libertad, mientras que para el capitalismo y su ideología ultraliberal la libertad real y de todos es lo que se tiene menos presente. Nos pide que tengamos mucha autoestima, seamos emprendedores y que, si no nos va bien, seamos resilientes. Ser, en definitiva, adaptativos al sistema tecno-económico.

Pero la verdadera libre elección, la de «quien quiero ser», es temida e ignorada. Todo, en el capitalismo, desde la escuela y la universidad hasta los planes empresariales, con la formación por «competencias», se prepara para que sean la tecnología y el mercado quienes proyecten y decidan por nosotros. Que el sujeto piense y decida por sí mismo, y sea consciente de la responsabilidad y los compromisos que ello comporta, es contrario al mantenimiento del sistema vigente, en que no hay nada menos inconveniente que uno o una proyecten su vida, se emancipen y se hagan a sí mismos sin pisar a otros. Entretanto, las mal llamadas «redes sociales» hacen que muchos se sientan existir por otros y no sobre todo por sí mismos.

Para el ultraliberalismo, que tiene cada vez menos de liberal, el sentido de la libertad desemboca en la responsabilidad culpable del individuo aislado que no ha conseguido satisfacer su proyecto.

El sentido de la libertad para Sartre es, por lo contrario, avanzar en hacerse uno a sí mismo y hacerlo en la medida en que lo hace otro, con el que está existencialmente unido. La moral de la existencia puede ser desde este marco aún más contestataria de lo que pudo serlo en tiempos de su creador.